

# LAS MUJERES

## I. LA MUJER EN LA BIBLIA

### 1.- La igualdad original

Dios hizo al hombre y a la mujer en igualdad absoluta, como dos mitades de una misma cosa: la especie humana:

*Dios creó al hombre a su imagen,  
a imagen de Dios lo creo,  
macho y hembra los creó" (Gn 1,27).*

ADÁN -el hombre- tiene una significación colectiva y significa la especie humana que se compone de macho y de hembra. El individuo no existe asexuado, sino como macho y como hembra. El varón solo es un medio hombre y la mujer sola es también un medio hombre. Los dos son el hombre entero; si no hay varón y hembra no hay criatura humana.

Los dos son igualmente "imagen" de Dios; los dos representan a Dios en medio de la creación; a los dos los bendijo y les dio los mismos mandatos: "Sed fecundos, multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y los animales de la tierra" (Gn 1,28). Pero ninguno de los dos puede dominar al otro, pues ninguno es superior al otro; los dos tienen los mismos poderes y las mismas prerrogativas, los mismos derechos y deberes. Romper esta igualdad es ir contra el proyecto original del hombre.

Cuando Dios hacía las cosas, iba comprobando que "todo estaba bien". Sólo una cosa, de las que había creado, no estaba bien, el hombre, Adán, que estaba hecho para vivir en sociedad, pero estaba solo:

*"No está bien el hombre solo;  
le haré una ayuda igual a él" (Gn 2.,18).*

La mujer es el complemento (*kenegdo*) del hombre, lo que le hace falta, la ayuda que necesita; se trata de un complemento mutuo, uno sin el otro serían dos seres sin sentido, los dos se necesitan de manera esencial. Rabbí Eleazar decía: "El hombre, que no tiene mujer no es un verdadero hombre, porque fue dicho: Macho y hembra los creo" (Talmud Babilónico, *Jevamot* 63a). Rabbí Tanjum decía en nombre de Rabbí Jamilay: "Un hombre, que no tiene esposa, vive sin alegría, sin bendición y sin nada bueno" (Talmud Babilónico, *Jevamot* 62 b).

Eva está elaborada con algo de Adán, para indicar que es de la misma naturaleza que Adán y para explicar la atracción esencial que el hombre y la mujer sienten el uno por el otro, Adán en busca de lo que se le ha arrancado y Eva en busca de su origen. Eva está sacada de la carne de Adán y para ser con él "una sola carne" en unión total, que es en lo que consiste la vocación esencial del hombre y la mujer. "*Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer y son los dos una sola carne*" (Gn 2,24)

Esta es la vocación esencial del hombre y de la mujer: la unión y la unidad entre ambos. La atracción de los sexos hace que el individuo renuncie a los poderosos vínculos familiares e incluso al propio yo, para despersonalizarse y hacerse una cosa, es decir, una persona con el otro. Así uno y otro se realizan plenamente. "En la unidad de los dos, el hombre y la mujer son llamados desde el principio no sólo a existir uno al lado del otro, o simplemente juntos, sino que son llamados también a existir recíprocamente el uno para el otro" (MD 7). Unidos en matrimonio sagrado forman una única entidad, un "unum" de ser y pensar.

El hombre y la mujer son absolutamente iguales ante Dios, dos individuos sexuados constitutivos por igual de la especie humana y los dos hechos a imagen de Dios. Todo dominio del hombre sobre la mujer o de la mujer sobre el hombre, todo razonamiento que rompa esta igualdad, va contra el proyecto original de Dios.

"El hombre no puede existir solo; puede existir solamente como unidad en dos y, por consiguiente, en relación con otra persona humana. Se trata de una relación recíproca, del hombre con la mujer y de la mujer con el hombre, ser persona a imagen y semejanza de Dios entraña también existir en relación" (MD 7).

## 2. - La mujer

La mujer es el principio de la sociedad, de la comunicación, de las relaciones con los demás. No está bien que el hombre esté solo. La soledad no es sólo una desgracia en el desequilibrio humano, sino un sin sentido en el equilibrio original. La mujer rompe la soledad, es más comunicativa y participativa que el hombre; la mujer es el origen del pluralismo, de la libertad, incluso del pecado, pero también y al mismo tiempo, de la misericordia y del perdón.

La mujer, llamada *'issah* (varona) en relación con el varón (*'ish*), es también llamada Eva (*hawwah*) por su condición de madre de todos los vivientes. Aunque el pecado ha introducido la muerte, la vida humana continúa con la mujer, "dadora de vida", cocreadora de vida, es igual y superior, porque es madre. La mujer es el ser más perfecto de la creación. Dios lo va haciendo todo de lo más imperfecto a lo más perfecto; lo último es la mujer, formada de una costilla de Adán, de algo vivo, lo que también indica su superioridad sobre "todo bicho viviente", incluido Adán que fue hecho de la naturaleza muerta, del polvo de la tierra. La mujer fue formada en el paraíso y el hombre fuera, lo que significa, según Abelardo, que la mujer es superior al hombre. La formación de la mujer está descrita con toda solemnidad para indicar que es la obra cumbre de la creación. La mujer es la mejor, de todos los seres creados ella tiene la cualidad superior: la maternidad.

## 3.- Valoración positiva de la mujer

En la historia del pueblo de Dios la mujer ejerció un protagonismo igual al hombre, incluso a veces superior a él. Si la mujer es el origen del pecado (Gn 3,13; 1 Tim 2,14) es, al propio tiempo, la fuente de la redención (Gn 3,15)

La mujer es el testimonio del amor de Dios. El amor de Dios a su pueblo se compara al amor de Dios a una mujer. La Biblia presenta a Dios, como un hombre enamorado y a Israel como una mujer locamente amada y mimada por Dios y también locamente apasionada ella y no pocas veces infiel. ¿Qué es la Biblia entera, sino un poema de amor y de perdón, en el que la mujer, la gran pecadora y a la vez la gran amante, personalización misma de la culpa y de la redención de Israel, merece el abandono del amado para ser de nuevo amada y amadora? He aquí una muestra de ese diálogo de amor celebrado en el poema más bello, el Cantar de los Cantares:

- ¡Una voz!...Es mi amor.  
He aquí que llega saltando por los montes,  
brincando por las colinas.  
-Levántate, amor mío,  
hermosa mía, ven.  
-Mi amado es mío y yo soy suya.  
Sé como la gacela o el joven cervatillo  
en los montes perfumados.  
-Qué hermosa eres, amor mío,  
me robaste el corazón con una mirada de tus ojos.  
-Yo dormía, pero mi corazón velaba.  
¡Una voz! Mi amor me llama.  
-Ábreme, hermana mía, amiga mía,  
paloma mía, mi perfecta.  
-Ponme como sello sobre tu corazón,  
como sello en tu brazo,  
porque es fuerte el amor como la muerte.

En la mujer se da la paradoja de la debilidad y de la fortaleza. Se siente débil y a la vez fuerte. Débil, porque se sabe pecadora; es humilde, reconoce su pecado e implora y acepta el perdón; en esa debilidad brilla la fortaleza de Dios, en que ella se apoya. La vanidad y la soberbia de creerse justo, como el fariseo de la parábola, es un pecado masculino.

El protagonismo de la mujer israelita está representado en muchas mujeres. En la Sulamita, la esposa del Cantar (7,1), modelo de belleza incomparable; en Abigail, "mujer juiciosa y hermosa", esposa de Nabal del Carmelo, que apaciguó a David en su irrefrenable enojo contra su esposo (1Sam 25,2-42); en Abisag, la joven sunamita que cuidó de David (1 Re 1,3-4); en Rahab, la prostituta, la primera mujer y la única persona que auxilió a los israelitas en su entrada en la tierra prometida (Jos 2). Lo está, sobre todo, en las grandes heroínas de la épica y de la novela hebraicas. En Myriam, la profetisa, hermana de Aarón, que se pone al frente de las mujeres para cantar y alabar al Señor (para ofrecerle culto), mientras que los hombres, por su parte, con Moisés a la cabeza, estaban igualmente alabando a Dios (Ex 15,20-21); en Débora, juez y profetisa, "madre de Israel" (Jue 4,4-5,31); en Jael, la mujer de Jeber, "bendita entre las mujeres de los nómadas" (Jue 5,24). En Judit, la hija del Altísimo, bendita entre todas las mujeres de la tierra, la gloria de Jerusalén, el orgullo de la raza hebrea; en Ester, la más hermosa del imperio persa, la heroína que salva y libera a los Judíos de la persecución y de la muerte, "la irreprochable reina del imperio judío" (Est 16 3); en Rut, la moabita, modelo incomparable de las relaciones entre nuera y suegra y a la vez de expresión exacta de lo que debe ser la relación política entre todos los pueblos de la tierra, la convivencia universal en un mundo sin fronteras; en Julda, profetisa que da a conocer la voluntad de Dios al piadoso rey Josías, el cual lleva a cabo lo que Julda le indica (2 Re 22,14-20), en Ana, profetisa del templo (Lc 2,36). No eran sacerdotes, pero sí profetas en el sentido pleno de la palabra. Y es sabido que en el AT el profeta está incluso por encima del sacerdote. ¿Y puede haber, por fin, mayor protagonismo que el de María, la Virgen, Madre de Dios?

Los cánticos más bellos de la Biblia son cánticos femeninos: el cántico de Débora (Jue 5), el de Ana (1 Sam 2), el de Judit (Jud 16), el de María (Lc 1,46-55).

La más alta exaltación de la mujer en el A.T. está en su presentación como figura de la sabiduría divina, prácticamente como representación del mismo Dios (Prov 8,22-31). Esto en la esfera de lo trascendente y de lo espiritual, porque en la línea humana creo que no hay un elogio mayor de la mujer, valorativo a la vez de la precariedad del hombre, que este adagio del libro del Eclesiástico (Sirácida):

*"Donde falta una mujer  
hay un hombre gimiendo a la deriva"* (Si 36,25).

El hombre, sin la mujer, es un ser desgraciado. "Cuando la primera mujer de un hombre muere, mientras éste vive todavía, es como si en sus días hubiera sido destruido el templo. Cuando la mujer de un hombre muere, mientras él permanece todavía en vida, el mundo se oscurece para él" (Talmud -Babilónico, *Sanhedrin*,22 a).

#### 4.- **Infravaloración de la mujer**

En el A.T. nos encontramos también con una inaceptable infravaloración de la mujer. "Por la mujer comenzó el pecado y por ella morimos todos" (Si 25,24). El pecado entró en el mundo por la mujer. El hombre, instigado por ella, la sigue "dócilmente" y también peca (Gn 3,6). Betsabé hizo pecar a David (2 Sam 11). Las mujeres pervirtieron a Salomón y le hicieron caer en la idolatría (1 Re 11,8). En el Decálogo, el último mandamiento reza así:

*"No desearás la casa de tu prójimo: ni su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno; nada de lo que le pertenece"* (Ex 20,17)

La mujer es una posesión comprada por el marido, de exclusiva pertenencia suya, con el que puede hacer lo que le parezca, igual que con el esclavo, el buey y el asno. La mujer es un

animal entre los animales. Antes del matrimonio el padre es el dueño de la mujer, después de él, lo es el marido y a la muerte de éste, cae bajo la tutela del hijo primogénito; siempre está absolutamente tutelada y subordinada, nunca adquiere autonomía y emancipación, siempre está sometida.

Ya desde su nacimiento manchaba a la madre con una impureza doble de la que producía el hijo varón (Lev 2,1-5). En caso de desagrado, podía ser divorciada por el marido, pero no podía divorciarse de él por más motivos que tuviera para ello (Lev 21,7; Num 30,10). Si no llegaba virgen al matrimonio, moría apedreada (Dt 20,21). En cambio, si se trataba de una difamación, hecha por el marido, acusándola falsamente de que no era virgen, el marido sólo era castigado con la multa de cien monedas de plata (Dt 22,18-19). Era considerada adúltera por una nonada, aunque no llegara a realizar el acto sexual, mientras que el marido sólo era considerado adúltero, si mantenía comercio carnal con una mujer casada y no con una soltera (Ex 20,17; Lev 20,20; Dt 5,21). La mujer simplemente por una mera sospecha de adulterio, tenía que someterse a la prueba de los celos (Num 5,11-31). El marido se podía divorciar de la mujer sólo "por haber encontrado en ella algo indecoroso (Dt 24,1), es decir, por cualquier cosa. La mujer era un motivo de constante preocupación para el padre:

*"Una hija es una secreta causa de cuidados para el padre,  
un cuidado que le quita el sueño:  
de joven, para que no se marchite;  
de casada, para que no llegue a ser aborrecida;  
cuando virgen, para que no sea seducida  
y quede encinta en la casa paterna;  
cuando ya tiene marido, para que no peque;  
y cuando está casada, por si permanece estéril" (Si 42,9-10).*

Los judíos celebraron siempre, a lo largo de la historia, de muy diversa manera el advenimiento de un niño o de una niña: "Todos se alegran por el nacimiento de un varón... todos se entristecen por el de una niña" (Rabbi Simeón ben Jochai a.150 p.C). "Cuando viene al mundo un varón, viene la paz al mundo..., trae consigo el pan en la mano; cuando viene una hembra, nada viene con ella" (Rabbi Jicac, s. III p.C).

Los sabios de Israel manifiestan su desprecio total por la mujer:

*"Y encuentro algo más amargo que la muerte: la mujer que es una trampa; su corazón una red y sus brazos, cadenas; quien agrada a Dios escapa de ella, pero el pecador se deja prender" (Qo 7,26)*

El Qohélet recorrió el mundo entero en busca de la felicidad, relacionándose con hombres y mujeres, y he aquí su conclusión:

*"Un hombre entre mil lo encuentro.  
Una mujer entre todas no la encuentro" (Si 7,28)*

Tal vez sea este el mayor vituperio de la mujer que encontramos en la Biblia:

*"No te detengas ante belleza alguna,  
no te sientes entre las mujeres,  
porque de los vestidos sale la polilla  
y de la mujer la malicia femenina.  
Mas vale maldad de hombre que bondad de mujer,  
Una mujer acarrea vergüenza y reproches" (Qo 42,12-13).*

La maldad de la mujer es la maldad de todas las maldades:

*"Dame cualquier maldad, pero no maldad de mujer" (Qo 25,13)*

La mujer es la ruina del mundo:

*"Por la mujer comenzó el pecado  
y por ella morimos todos" (Si 25,24)*

Este concepto tan peyorativo de la mujer está magistralmente expresado en estas cuatro utopías:

*"El que encuentra una mujer encuentra la felicidad" (Prov 18,22).*

Y los sabios saben que la felicidad no se encuentra nunca.

*"El que consigue una mujer  
tiene ya el camino de la fortuna" (Qo 36,24)*

Y no se encuentra un afortunado en este mundo de infortunios.  
*"La mujer inteligente es un don de Dios" (Prov 19,14).*

Y ¡qué tacaño es Dios en repartir estos dones!  
*"La mujer sabia construye la casa" (Prov 14,9).*

Pero los constructores son todos del género masculino.

Incluso el retrato de la mujer perfecta, más preciosa que las perlas todas (Prov 31.10-31), no es más que la alabanza de una mujer subyugada, esclavizada, una empleada de hogar sin sueldo al servicio de su señor, de sus hijos y de sus criados, un ser humano de segunda categoría.

Esta literatura sapiencial, perteneciente en bloque al tiempo del postexilio, refleja con bastante exactitud la situación de la mujer en el inicio de la era cristiana.

## **5.- La justa valoración de la mujer: Jesucristo**

En los tiempos de Jesucristo la discriminación de la mujer era muy grande, estaba situada a la altura de los niños y de los esclavos. Los esclavos, los niños y las mujeres estaban dispensados de ir a Jerusalén en las tres fiestas principales, porque no eran considerados personas en plenitud de derechos y deberes. La mujer no podía dedicarse al estudio de la ley. No iba a la escuela. No podía participar en el culto, ni siquiera entrar en el templo, sólo en el patio destinado a las mujeres. En las sinagogas había una estricta separación entre hombres y mujeres en detrimento de estas.

Un rabino consideraba indigno y escandalizador hablar en público con una mujer, aunque fuera la propia. Eso estaba reprobado.

Si la mujer salía a la calle, tenía que hacerlo con un velo y la cabeza cubierta.

He aquí esta oración diaria, que revela la discriminación entre el hombre y la mujer, a la par que la soberbia del uno y la humildad de la otra; el hombre judío: "Bendito seas, Señor, por no haberme hecho gentil, ni mujer, ni ignorante; y la mujer judía: "Bendito seas, Señor, por haberme hecho según tu voluntad"

Es ya Jesucristo quien hace la justa valoración de la mujer; sorprende, de entrada, que en el árbol genealógico de Jesucristo aparezcan cuatro mujeres, dada la discriminación de la mujer, y sorprende todavía más, si nos fijamos en las situaciones personales de esas mujeres, extrañas y anómalas: Tamar, la cananea incestuosa; Rajab, la cananea prostituta; Rut, la extranjera odiada por los judíos, y Betsabé, la adúltera (Mt 1,3.5-6)

Le acompañan, de manera estable, aunque tal vez no fuera ininterrumpida, como parece que tampoco lo fuera la de los mismos apóstoles, algunas mujeres, tan discípulas y tan apóstoles como los doce (Lc 8,1;24,10); lo acompañan hasta el final, cosa que no hicieron los apóstoles (Mc 15,40-41; Mt 27,56; Jn 19,25)).

Restaura la dignidad del matrimonio en igualdad de derechos y deberes, al no permitir que el hombre pudiera despedir por cualquier causa a la mujer, cosa que podían hacer ellos, pero no ellas (Mc 10,10-12). Trata a las mujeres con más respeto, si cabe, que a los hombres. No humilla a la mujer adúltera.

Se enfrenta con la concepción aberrante que el fariseo tenía respecto a la pecadora y trata a esta mujer con la mayor dignidad. Rompe con las normas sociales y habla a solas con la samaritana, pecadora pública. La samaritana se convierte en un apóstol de la palabra. Después de María, la primera es la Magdalena "la discípula amada". No rehusó el contacto físico con las mujeres, aunque tocar a una mujer suponía una infracción de la ley social judía. Se deja abrazar por la Magdalena: *Noli me tangere*.

La mujer considerada como ciudadana de segunda categoría, que ni siquiera servía para ser testigo, es incorporada por Jesucristo a lo que es central en el Evangelio: la Resurrección. Las mujeres fueron las primeras en ser testigos de la resurrección (Lc 24,10-11; Mt 28,1). La Magdalena fue investida con el título de "Apóstol de los Apóstoles" por el mismo Jesucristo (Mt 28,9-10; Jn 20,17).

En la estructura literaria del cuarto evangelio la mujer juega un papel importantísimo; los tres libros de este evangelio se abren con episodios femeninos:

- El libro de los signos: Una mujer, María, consigue el primer milagro, como mediadora en las bodas de Canaán (Cap.2)

- El libro de la pasión: Marta y María en la resurrección de Lázaro (cap. 11). María lava con perfumen los pies del Señor, antes que el Señor lavara los pies a sus apóstoles (Cap. 12).

- El libro de la resurrección: María Magdalena, la primera en llegar al sepulcro. Pedro y Juan ven el sepulcro vacío y se fueron, mientras que la Magdalena se quedó allí llorando la ausencia de su amado muerto y desaparecido. Fue la primera anunciadora de la gran noticia: la resurrección de Jesucristo (Cap 20).

Jesucristo presenta a la mujer como figura del mismo Dios, como aparece en las tres parábolas del cap. 15 de Lucas:

1.- La parábola de la oveja perdida y encontrada. Y el padre es Dios, Dios Hijo, Jesucristo.

2.- La parábola del hijo pródigo, perdido y encontrado. Y el padre es Dios, Dios Padre.

3.-La moneda perdida y encontrada. Y la mujer es Dios, Dios Espíritu Santo, el amor substancial, el amor hecho persona, la mujer.

¿Por qué hay que representar siempre a Dios como del género masculino?. Dios es espíritu puro. Por tanto, no tiene cuerpo ni de hombre ni de mujer. Si la mujer, igual que el hombre, está hecha a imagen de Dios, cuando hablamos de Dios, también podemos hacerlo con metáforas femeninas. A Dios lo podemos llamar padre y madre: "Nuestro Padre" y "Nuestra Madre". De hecho en la Biblia se le asemeja también a la madre: "Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas?. Pues aunque ella se olvidare, yo no me olvidaría" (Is 49,15).

El lenguaje entre el hombre y Dios no tiene por qué ser exclusivamente masculino o femenino. Recordemos que el Espíritu es femenino en hebreo (*Ruah*), neutro en griego (*Pneuma*) y masculino en latín (*Spiritus*), Juan Pablo I dijo: "Dios es padre, más aún, es madre".

## 6.- La igualdad restaurada: Pablo

Contra lo que se ha dicho, San Pablo es un defensor de la mujer.

1.*El principio de igualdad*: La mayor grandeza y timbre de gloria de la mujer está para San Pablo en que Jesucristo "nació de una mujer" (Gal 4,4). Pablo no dice que Jesucristo nació de la Virgen, sino de una mujer, para ensalzar y poner a la mujer en su sitio, en el que, a todos los niveles, le corresponde.

"Qué ha habido tan necesario para la redención del mundo entero como el sexo femenino, que nos alumbró al mismo Salvador? El Redentor hubiera podido, de haberlo querido, tomar su cuerpo de un hombre, como había formado a la primera mujer del cuerpo de Adán"(Abelardo). Uno de los principios básicos del cristianismo es la igualdad. Tanto los individuos, como los pueblos, tienen los mismos derechos sin distinción de razas y de sexos. Esto lo proclamó en una frase lapidaria: "*Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer. Todos vosotros sois lo mismo en Cristo Jesús*" (Gal 3,28).

En el primer Adán todavía no había ni varón ni hembra; en Jesucristo, el segundo Adán, ya no hay ni varón ni hembra, los dos son lo mismo; se establece la igualdad socio-política y religiosa del hombre y la mujer; el hombre no ocupa ya un puesto de favor, ni la mujer un puesto de segunda categoría.

En las relaciones del hombre y la mujer, acaso lo más fundamental es el sexo. Pues bien, en la sexualidad el hombre y la mujer tienen los mismos derechos y las mismas obligaciones: "*El marido dé el débito [cumpla con su obligación] a la mujer; igualmente la mujer al marido. La mujer no es dueña de su cuerpo, sino el marido. Tampoco el marido es dueño de su cuerpo, sino la mujer*" (1 Cor 7,3-5).

La iniciativa puede partir de los dos y la otra parte tiene el deber de atender sexualmente al cónyuge. El machismo de la época queda absolutamente abolido en la ética cristiana.

2. *Pablo amigo de las mujeres.* Pablo fue consecuente con el principio de igualdad, tanto en la teoría, como en la práctica. Para él el símbolo de las dos alianzas son dos mujeres y no dos hombres: Agar y Sara y no Ismael e Isaac. Agar lo es del A.T., la verdadera madre del judaísmo, la esclava, madre de los esclavos de la ley. Y Sara es el símbolo del N.T., la libre, madre de los libres (Gal 4,21-31).

En las antiguas alianzas, todas temporales, los interlocutores fueron siempre hombres: Noé, Abrahán, David. En el comienzo de la Nueva Alianza, una alianza eterna, la interlocutora es una mujer, María de Nazaret.

Más todavía, la mujer representa a la Iglesia. La unión del hombre con la mujer es como la unión de Cristo con la Iglesia: "Maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia..., gran misterio es este, pero entendido de la unión de Cristo con la Iglesia (Ef 5, 25-32).

San Pablo defiende el derecho personal a llevar con él, igual que lo hacen los demás apóstoles, en sus correrías apostólicas, a una mujer cristiana que le atienda y que colabore con él en la predicación del Evangelio (1 Cor 9,5).

Pablo es amigo de las mujeres. La primera cristiana de Europa es una, Lidia, que se hizo muy amiga de Pablo, al que hospeda en su casa (He 16,14-15). En el grupo de sus colaboradores, hay un nutrido grupo de mujeres, como aparece en el cap. 16 de la carta a los Romanos.

1.- "Os recomiendo a Febe, *ministra-diaconisa (diakonos)* de la Iglesia de Cencreas" (Rom 16,1) que ejerce tareas pastorales. Pablo da a Febe el mismo título que a Timoteo: *diakonon*: 1 Tes 3,2; 2 Tim 4,5. Aquí tenemos un indicio claro de los "diáconos" y de las "diaconisas". Febe tiene la misma categoría que Timoteo. En el sentido de Pablo, el diácono tiene la responsabilidad de toda la Iglesia e implica el oficio eclesial de enseñar y de misionar.

2.- "Saludad a Prisca (o Priscila) y a Aquila, mis colaboradores en la obra de Jesucristo" (Rom 16,3). Se trata de un matrimonio, al que Pablo da el mismo calificativo que a Timoteo: "colaboradores" (*synergous*). Se trata de un matrimonio en que los dos son evangelizadores y apóstoles. Los vuelve a citar en 1 Cor 16,19; 2 Tim 4,19, He 18,26. Excepto en 1 Cor 16,19, cita primero a Prisca (la mujer) antes que al marido,

algo sorprendente en aquella época, lo que indica que era una "apóstola" y una evangelizadora más destacada que su marido. De hecho era muy instruida y gran conocedora de la doctrina cristiana, pues interviene como maestra de Apolo, un hombre muy culto (He 18,26)

3- "Saludad a María que tanto ha trabajado por vosotros" (Rom 16,6). El verbo *kopiaio* (trabajar) es el mismo con el que se designa el trabajo apostólico de los que tienen autoridad en la comunidad o del propio trabajo apostólico de Pablo (Gal 4,11; Flp 2,16; Col 1,29): "Mucho me temo que todo lo que he trabajado entre vosotros haya sido inútil" (Gal 4,11). Aquí no se trata del trabajo de barrer la iglesia, de lavar los manteles del altar, de planchar los purificadores o de cuidar las macetas de la Iglesia. Se trata del trabajo apostólico, el servicio de la palabra y la oración.

4.- Esto mismo se dice de Trifena, Trifosa y Pérsida, que trabajan afanosamente por el Señor (Rom 16,12), que realizan un trabajo apostólico.

5.- "Saludad a Andrónico y a Junias, apóstoles insignes" (Rom 16,7). (*episemoi en tois apostolois*: insignes entre los apóstoles). Pablo llama a Junia apóstol de la más alta categoría, antes de que el prejuicio androcéntrico considerara intolerable llamar apóstol a una mujer y antes de que los comentaristas convirtieran a Junias en un varón, cosa realmente insostenible. Junia es "una mujer apostólica, si no se violenta el texto" (P. Abelardo). "Gran cosa es que sean apóstoles, sobre todo siendo Junia mujer" (Teofilacto)

6.- "Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana" (Rom 16,15), dos parejas igualmente misioneras como las anteriores. La primera es un matrimonio y la segunda un hermano y una hermana.

7.- Pablo recuerda a Evodia y a Síntique, dos misioneras infatigables "que han trabajado mucho difundiendo el Evangelio" (Flp 4,2-3). Fueron colaboradores de Pablo. Dice a los filipenses que procuren que Evodia y Síntique se pongan de acuerdo, que hagan las paces, pues parece que tenían rivalidades entre ellas, lo que es grave para la comunidad al tratarse de dos misioneras relevantes.

8.- San Pablo recuerda a otras muchas mujeres: Cloe (1 Cor 1,11), Claudia (2 Tim 4,21), Loide (2 Tim 1,5), la madre de Rufo "que es también la mía" (Rom 16,13).